

todo cuidado y diligencia purificarnos de todas nuestras faltas, y pidámosle al Señor que se digne perdonarnos las que no conocemos. ¿Quién es, oh Señor, decía David, el que conoce todos sus yerros? Perdona mis faltas ocultas y perdona también á tu siervo las ajenas.

La justicia purísima de Dios, santificando á nuestros hermanos, ilumina nuestras almas, como la luz apacible de la luna alumbra nuestros ojos. Si tenemos un empeño decidido por santificarnos, no despreciaremos las ocasiones de virtud que se nos ofrezcan en la buena conducta de los prójimos. Las abejas recogen la miel de diversas flores, decía San Antonio Abad, y así también nosotros debemos recoger la dulzura de las santas virtudes que en los demás lleguemos á observar.—Por otra parte, si tantas veces los males nos escandalizan con su proceder, ¿no deberemos procurar que los ejemplos de los buenos nos sirvan para la virtud? Soy participante, oh Señor, decía el Rey Profeta, de todos los que te temen y de los que guardan tus mandamientos (1), y si con ellos participamos en todo esto, también con ellos alcanzaremos la divina gracia.

(1) Ps. CXVIII, 63.



CAPÍTULO XXI

LA FORTALEZA Y LA TEMPLANZA

I

EL nombre de fortaleza debe considerarse de dos modos: primero, según que implica en absoluto firmeza del ánimo, y en este concepto es una virtud, ó más bien condición de toda virtud general; segundo, puede considerarse según que implica solamente la firmeza necesaria para sobrellevar y rechazar las cosas contrarias en que es más difícil tener esa firmeza, esto es, en algunos graves peligros (1).

La fortaleza es virtud cardinal que inclina la voluntad del hombre á acometer los graves peligros, aun el de la muerte, en tiempo y lugar correspondientes, y á sufrir los trabajos indispensables para la consecución del bien.

(1) 2-2. Q. CXXIII, a. II.



Dos son los actos de esta virtud: acometer y sufrir; para el primero se requieren dos cosas: prontitud para arrojarse al peligro, y esto nos da la confianza, y la agilidad en ejecutar lo que ha comenzado en la misma confianza, y esto lo suministra la magnificencia.

Respecto al sufrimiento que corresponde á la fortaleza, ésta no nos deja sucumbir por la tristeza y el dolor, lo cual hace por medio de la paciencia. Si se prolongan los males que sufrimos, la fortaleza nos sostiene mediante la perseverancia.

Innumerables son los males que hay que padecer en la presente vida. Al contemplarlos, el temor ó la audacia se apodera de nosotros, ó bien la triste indiferencia, que no nos deja tomar disposición alguna para librarnos de ella, y ni esta indiferencia, ni el temor, ni la audacia nos servirán de cosa alguna; el temor alejará la confianza; la audacia, lastimando la humildad, precipitará nuestras resoluciones, y la indiferencia no moverá nuestros labios para pedir el remedio á Dios Nuestro Señor. La fortaleza aleja de nosotros los inconvenientes de que hablamos; teme á Dios, pero se apoya en Él; sabe arrojarse al peligro, mas lo hace siempre con prudencia, y llena de celo por la gloria divina, no descansa un momento en procurarla. Ella, pues, nos es indispensable.

La fortaleza nos alienta con los consuelos de la esperanza cristiana; tenemos en Dios nuestro refugio y ponemos la mira en alcanzar los

bienes eternos (1). Nos acompaña en los combates que sostenemos por la causa de Dios, y ciñe nuestras frentes con el laurel de la victoria. Ved á los hombres de Dios ejecutando la justicia, alcanzando las promesas, cerrando la boca de los leones, extinguiendo la violencia del fuego, librándose del filo de la espada; ved, dice San Pablo, cómo son esforzados en la guerra, y cómo desbaratan ejércitos contrarios; he allí á otros sufriendo escarnios y azotes, las cadenas y la cárcel, apedreados, aserrados, puestos á pruebas de distintos modos, muertos por el testimonio del Señor; anduvieron errantes, desamparados, angustiados, maltratados. El mundo no era digno de ellos. Iban por las soledades, por los montes, y se recogían en las cuevas y en las cavernas de la tierra (2). ¿Hubieran dado al mundo ese espectáculo admirable de virtud sin la fortaleza?

Ved de nuevo á esta noble y excelsa virtud junto al cadalso de los mártires cristianos: les alienta y sostiene con su voz. Sufriréis un dolor pasajero, les dice; mas después el Señor os pondrá bajo la alianza de la vida eterna. La fortaleza enjuga el sudor que chorrea de la frente de los mártires, y recoge en copa de oro la sangre que manan sus heridas, les llena de interior consuelo, les arma de una paciencia invencible, y está con ellos hasta el último suspiro de su vida.

(1) Eph. VI, 18.

(2) Id. XI, 33-38.

La fortaleza cristiana, no sólo ha estado con los mártires, también asiste á los santos confesores y defiende la inocencia de las vírgenes. Por doquiera que pasa derrama torrentes de luz; comunica la fuerza y nos brinda con la paz del Señor. Lleva en su brillante séquito á la magnanimidad con sus grandes acciones; á la magnificencia espléndida y gloriosa en todos sus designios; á la paciencia con su resignación dulce y amable, y, en fin, á la perseverancia, que les acompaña en todos los caminos de la vida.

La fortaleza descendió del cielo para nuestro bien. El triunfo en los combates, decía un valeroso capitán, no depende de la multitud de las tropas, sino del cielo, de donde viene toda fortaleza (1). El Señor es mi fortaleza y mi gloria; Él se ha constituido mi salud, decía David, y San Pablo nos asegura que Dios Nuestro Señor, por Jesucristo, nos ha dado la victoria (2).

No debemos confiar en nuestras propias fuerzas, sino solamente en Dios; y en medio de los combates alcemos nuestros ojos al Señor para pedirle su auxilio y obtener el triunfo. Nuestra humildad y la oración que sale de nuestros labios atraerán sobre nosotros las miradas del Señor. Que Él sea, por lo mismo, la fortaleza de nuestra alma y toda nuestra gloria.

La fortaleza como virtud política (3) nos re-

(1) Mach. III, 3.

(2) Ps. CXVIII, 14.—I Cor. XV, 5-7.

(3) D. Bonav. *D. Virtut. Card.*

anima, ahuyenta del alma el miedo del peligro; no sabe temer sino al pecado. Según que purifica nuestras almas, nos hace triunfar de las pasiones. Como ejemplar, la contemplamos en Dios, que siempre es el mismo y nunca sufre la menor mudanza. El primer grado hace que pospongamos el temor al tratarse del bien de la patria. El segundo nos robustece todavía más á fin de no temer ninguna pena corporal, y hácenos desear ardientemente los bienes eternos. El tercero nos fija en estos mismos bienes y nos inspira el desprecio de todo lo terreno. El cuarto perfecciona y consume los anteriores. Dios toca desde un fin al otro con fortaleza, y todo lo dispone suavemente. Si eres magnánimo, si la fortaleza no te llega á abandonar, vivirás con gran confianza, libre, intrépido y alegre. Es un gran bien esperar tranquilamente el fin de esta vida; la fortaleza recibe con ánimo tranquilo la adversidad de los trabajos y peligros; la adversidad no la hace sucumbir, ni la prosperidad la enorgullece. Nacen de la fortaleza la magnanimidad y la confianza, la seguridad y la paciencia, la longanimidad y la perseverancia, la humildad y la mansedumbre.

Si la fortaleza nos es tan necesaria, y si tantos bienes trae consigo, debemos pedirla á Dios Nuestro Señor, con cuya gracia todo lo podemos.

II

Ocupémonos ya en la virtud de la templanza. Es ésta una virtud cardinal, que, según el dictamen de la recta razón, modera el afecto y el uso de los deleites, del gusto y del tacto (1).— Sus partes integrales son la vergüenza y la honestidad. Es la primera el horror á la torpeza consiguiente á la intemperancia. Tal vergüenza consiste en la modestia del vestido, en los movimientos y en todo aquello que exigen de nosotros el recato y la moderación.

La honestidad es la virtud que nos inclina á evitar todo lo indecoroso y excesivo en el manjar, en la bebida y en las delicias. La honestidad, dice San Ambrosio, huye de la torpeza como de la muerte (2).

La templanza tiene por objeto principalmente las pasiones que se refieren á los bienes sensibles, esto es, la concupiscencia y la delectación; y como consecuencias, las tristezas que sobrevienen con la ausencia de tales delectaciones (3). Su objeto propio se refiere á las delicias de la comida y bebida y á las de los placeres sensibles; y ya que tales delicias resultan del sentido del tacto, se deduce que la templan-

(1) Charnes.

(2) *De offc.*, cap. XVIII et XLII.

(3) 2-2, a. III et seq.

za se refiere á las delectaciones de ese sentido, que son su objeto principal y directo. Respecto de las que provienen del gusto, del olfato ó de la vista, á ellas se refiere secundariamente; pero como el gusto está más próximo al tacto que los otros sentidos, la templanza es más acerca de éste.

El bien de la virtud moral consiste principalmente en el orden de la razón, y éste en dirigirnos al fin. El bien tiene razón de fin, y el fin es la regla de lo que á él conduce; mas todas las cosas deleitables de que usamos se ordenan á alguna necesidad de esta vida como al fin, y por esto la templanza acepta tal necesidad como regla de las cosas deleitables, usando de ellas únicamente cuanto es necesario.

Por esto vemos que la templanza es realmente virtud, porque nos inclina al bien. Este bien consiste en su conformidad con la razón, y la templanza entraña cierta moderación en su mismo nombre, y esto es efecto de la razón. La moderación que se requiere en toda virtud es principalmente laudable en las delectaciones del tacto, ya porque ellas son más naturales, y por tanto más difícil abstenerse de las mismas y refrenar sus concupiscencias, ya también porque sus objetos son más necesarios á la vida presente.

Es la templanza una virtud muy hermosa. Dícenos lo siguiente Santo Tomás sobre el particular: Aunque la belleza convenga á cualquier virtud, se atribuye, sin embargo, exce-

lentemente á la templanza por dos motivos: primero, por la razón común á la que pertenece cierta moderada proporción, en que consiste la razón de la belleza; segundo, porque las cosas de que refrena la templanza son ínfimas en el hombre, y le convienen según la naturaleza animal que lo inclina á mancharse con ellas. Tal es la razón por qué es tan hermosa la templanza: destruye las torpezas y trae consigo la hermosura de la honestidad (1).

Camina la templanza cual reina coronada, llena de majestad y de grandeza, por todas las sendas de Dios, y lleva en pos de sí amables y santísimas virtudes; vemos, entre otras, la castidad, que exhala de su cándido ropaje celestial fragancia; y la humildad, que nos atrae con la sonrisa de sus labios y su dulce mirar tan apacible; y la modestia vestida con agraciada sencillez, que siempre lleva fijos los ojos en el suelo; y la clemencia, que nos ve con tanta dulzura, y, en fin, otras muchas virtudes que adornan y embellecen la templanza. Amémosla de corazón y practiquemos todos sus preceptos, ya que al separarse de nosotros, al no cumplir lo que nos manda, también se alejarían, una en pos de otra, las virtudes que hemos mencionado, viniendo á ocupar su lugar los más ignominiosos y funestos vicios, como son los de la insensibilidad y la intemperancia. Hablando de esta última, nos dice Santo Tomás: Es en gran

(1) 2-2, a. II.

manera reprehensible, tanto porque repugna en alto grado á la dignidad humana, por referirse á las delectaciones que son comunes á los hombres y á los brutos, como también por impedir la misma intemperancia que resplandezca la ley de la razón con más hermoso brillo; porque la virtud y no el vicio embellece con todo su esplendor y sus encantos á la razón humana (1).

Si amas la continencia, la templanza, decía Séneca (2), abandona lo superfluo y limita tus deseos; considera lo que pide la naturaleza, no lo que espera la pasión; el hambre sea quien excite el paladar, no el sabor de los manjares; acércate á la mesa, no para deleitarte, sino para tomar el sustento necesario. Si amas la templanza huye cuanto se oponga á la pureza; no te avergüences más de otro que de tí mismo, y sufre cualquiera pena antes que la más ligera mancha; abstente también de las palabras torpes, que son el pábulo de la impureza. Desprecia las pasiones que nos halagan perniciosamente. Observa tus movimientos interiores y exteriores que no sean indecorosos, y aunque sean ocultos, que nunca sean inconvenientes. Sé para con todos benigno, con nadie lisonjero, con pocos familiar y para con todos justo; no siembres la discordia ni envidies la felicidad ajena; sé tardo en airarte é inclinado á la misericordia; firme en las contradicciones; humilde

(1) 2-2, Q. CXLII, a. IV.

(2) Ap. Bonav. *De Virtut. Card.*

y recatado en las prosperidades. Comunica tu ciencia al ignorante, y pregunta con humildad lo que ignores. Es la templanza, dice el Seráfico Doctor, una virtud que nos da fuerza para resistir á los halagos de las pasiones que nos impelen al mal, y de ella proceden la continencia, la castidad, la sobriedad, la largueza y la moderación, la honestidad y la abstinencia, la vergüenza y la modestia (1).

Aborrezcamos, pues, la intemperancia, no sólo porque es un vicio abominable, sino también por sus tristes y funestas consecuencias. ¿De cuántas virtudes no nos priva, y á qué abismos de desgracias y pecados no puede arrojar-nos? Muchos se portan como enemigos de la cruz de Cristo: el fin de estos es su perdición; su dios es el vientre; hacen gala de lo que es su desdoro y confusión, apegados á las cosas terrenas (2). ¿Qué podríamos entender de las cosas de Dios, ó cuál sería nuestro amor á la virtud y la nobleza de nuestros sentimientos si nos entregásemos á los desórdenes de la intemperancia? El hombre animal no es capaz de las cosas que son del espíritu de Dios, pues para él todas son una necedad y no puede entender-las (3); y si es el vientre el dios de ese desgra-ciado, no pensará sino en las delicias de la mesa, en el manjar y en la bebida, y en los demás deleites de la vida animal.

(1) Idem.

(2) Philip. III, 19.

(3) I Cor., II, 14.

Al pensar en esto preséntase de nuevo la templanza para decirnos: *Ascende superius*; y nos descubre un camino de honor y de gloria; y nos recuerda que no hemos nacido para entregarnos sin freno ninguno á los deleites de la tierra; y que el divino Maestro, con su ejemplo y doctrina, nos mostró la senda que debíamos seguir para llegar al cielo. No se complació en su propia gloria, y dijo estas palabras: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame (1).

1) Matth. XVI, 24.





CAPÍTULO XXII

VIRTUDES MORALES.—LA RELIGIÓN.—LA DEVOCIÓN

I

Es la religión la virtud que rinde á Dios el culto que le es debido como á primer principio de todas las cosas. Tiene esta virtud la preeminencia entre las demás virtudes morales, ya que las cosas que se refieren al fin toman su bondad del orden á este mismo fin, y cuanto más próximas están á éste son tanto mejores. Mas entre las virtudes morales ninguna se acerca tanto á Dios en razón de fin como la religión, que ejecuta lo que se ordena directa é inmediatamente al amor divino (1).

Rendir á Dios el culto que se le debe como principio de todas las cosas, es de toda justicia, porque Él se ha dignado crearnos, y cuanto somos lo debemos á Su Majestad. Además, el

(1) 2-2, Q. LXXXI, a. VI.

culto de que hablamos nos revela, no sólo la infinita grandeza del Señor y sus adorables perfecciones, por las cuales es dignísimo de toda bendición y gloria, de la alabanza y adoración de sus criaturas, sino además, haciendo que pongamos los ojos en nosotros mismos, nos descubre nuestra miseria y pequeñez, nuestra nada, y la absoluta dependencia que tenemos del primer principio, que es Dios. ¿Rendiremos á otro que á Él la suprema adoración de nuestras almas? Esa adoración nos eleva y vivifica, ya que nos acerca al que es la infinita grandeza, la misma vida. Vigoriza también nuestra esperanza y nos llena de consuelo, de paz dulcísima y profunda; porque Dios, al recibir el culto que le tributamos, nos colma de sus santas bendiciones. Elévanse á su trono nuestras alabanzas, las oraciones y plegarias que le dirigimos; los ángeles se las presentan en sus copas de oro como perfume de agradable incienso; y esos mismos ángeles, los mensajeros de su gran misericordia, la traen al mundo y con ella enriquecen nuestras almas.

Es la religión un desbordamiento de nuestro cariño y tierna gratitud, y de los más nobles sentimientos de nuestra alma, que Dios recoge con agrado en su divino seno. ¡Qué santas efusiones son las nuestras al rendir á Dios adoración suprema, oración humilde, ardientes plegarias y acciones de gracias! Si nuestro espíritu se halla inquieto, acongojado, oprimido de indecible pena, tal vez martirizado por la amar-

gura del remordimiento; si se niega al consuelo, porque consuelo verdadero no hay en las criaturas, acuérdesese de Dios, adore y bendiga su sagrado nombre, eleve á su trono sus fervientes ruegos, tribútele, en fin, el culto que le debe, y Dios le llenará de bendiciones, de inefables y santísimas delicias.

No hay desgracia en este mundo que pueda compararse con la de aquellos que no tienen religión. ¿Quién sino la religión podrá inspirarles pensamientos dignos, ó quién pondrá en sus almas delicados y generosos sentimientos, ó quién sino ella, en fin, tendrá que contenerlos en la triste senda de los vicios y llegará á separarlos de sus extravíos? ¿Por qué, pues, niegan algunos á Dios Nuestro Señor el culto que le deben? David, hablando del impío, dice lo siguiente: Resolvió el impío en su corazón hacer el mal; no hay temor de Dios ante sus ojos; ha obrado dolosamente en la presencia divina, por lo cual se ha hecho más odiosa su maldad. Sus palabras son injusticia y mentira; no ha querido entender para hacer el bien (1). Muchos, en efecto, no quieren pensar en sus deberes para con Dios Nuestro Señor, por no practicar la virtud.—Otros habrá que no crean en la existencia de Dios, mas el ateísmo es la ceguera de la inteligencia y la corrupción de la voluntad: rechazan los ateos aun el testimonio de la razón, y arrojando de sí el temor de Dios y to-

(1) Ps. XXXV. 2-4.

dos los motivos que pudieran inclinarlos á seguir los sendas de la justicia, se entregan, sin que nada llegue á detenerlos, á la ignominia de las pasiones, cumpliéndose en ellos estas palabras de los Libros Santos: El hombre constituido en honor no ha entendido, se ha igualado con los jumentos insensatos, y se ha hecho como uno de ellos (1). ¡Qué degradación tan miserable! ¿Por qué no librarse de ella levantando los ojos á los cielos, que cantan la gloria del Altísimo? ¿Por qué no unirse á las sublimes armonías del universo proclamando á una la existencia, el poder y la grandeza del Dios que lo gobierna y lo sostiene con admirable y sabia providencia?

Pensando en la ceguera de los impíos, si bien el corazón se llena de tristeza por la funestísima desgracia en que están envueltos, por otra parte se llena de consuelo y bendice á Dios con todo su cariño porque se ha dignado enriquecernos con el don incomparable de la fe cristiana. Creemos en ese Dios altísimo que creó los cielos y la tierra, primer principio de todas todas las cosas, y le adoramos con todo el corazón. La fe y el amor nos hacen tributarle bendición y claridad y sabiduría y acción de gracias, honor, virtud y fortaleza; porque Él es el primer principio, soberano y altísimo Dios que reina por todos los siglos.

Creemos en Dios Nuestro Señor y le ado-

(1) Ps. XLVIII, 13.

ramos con todo nuestro afecto. La fe nos le presenta cubierto con un velo transparente y rebosando de dulzura infinita y de una amabilidad incomparable; la caridad de Dios derramada en nuestros corazones, nos atrae hacia Él con soberano y dulcísimo impulso. Él es todo para nosotros: vida, luz, amor y eterna dicha. La fe nos rinde á los pies del Eterno; creemos en el que es eterno principio, y la caridad abraza nuestras almas en amor divino. La fe y el amor nos inspiran una y otra vez cánticos dulcísimos á la gloria de aquel soberano Señor que es el alfa y la omega, el principio y el fin, Dios inmutable y eterno, que es, y que era y que ha de venir; el Omnipotente (1), y su gloria es nuestra dicha, y su grandeza infinita, su sér inmutable, su clemencia y bondad, la rectitud de su justicia, cuanto en Él existe y que es Él mismo, es para nosotros nuestra eterna y soberana dicha. Á Él la gloria desde ahora y para siempre.

II

El Príncipe de la teología nos habla solamente de dos actos internos de la religión, que son: la devoción y la oración. Nos ocuparemos desde luego en la primera.

(1) Apoc. I, 8,

Consiste la devoción en cierta voluntad de entregarse con prontitud al servicio de Dios. Por esto se dice en el Éxodo que la multitud de los hijos de Israel ofreció al Señor con voluntad muy pronta y devota las primicias (1).

La devoción es un acto de religión; porque á la misma virtud pertenece querer hacer algo y tener la voluntad dispuesta para ejecutarlo, que el objeto de ambos actos es el mismo, y hacer lo que pertenece al servicio divino corresponde á la religión, y por lo mismo también le pertenece el tener voluntad pronta para ejecutar lo que al servicio divino se refiere, y en esto consiste la devoción (2).

La devoción causa por sí y principalmente la alegría espiritual como consecuencia, y accidentalmente produce tristeza, porque ella, la devoción, procede principalmente de la contemplación de la bondad divina que inunda el alma de celestial delicia, y por esto decía el Rey profeta: Me acordé de Dios y mi alma rebosó en delicias (3). Tal consideración, sin embargo, causa cierta tristeza en los que no gozan de la vista de Dios. Mi alma está sedienta de Dios, fuerte y vivo, decía David, y después añadía: Mis lágrimas fueron el pan de mi alimento (4). Además, la devoción es secundariamente causada por la consideración de nuestros propios

(1) XXX, 24.—Q. LXXXII, a. 1.

(2) A. II.

(3) Ps. LXXXVI, 4.

(4) Ps. XLI, 3, 4.

defectos, que por sí mismos tienden á producir la tristeza; mas pensando en seguida en la esperanza del socorro de Dios, la alegría nos viene á consolar.

No cualquiera voluntad de servir á Dios merece el nombre de devoción, sino aquella que está unida con la prontitud y el fervor del espíritu (1); que, alegre y esforzada, sólo espera conocer la voluntad de Dios para cumplirla, y que á cada instante está diciendo con David: Señor, enséñame á cumplir tu voluntad (2), y con San Pablo: Señor, ¿qué quieres que yo haga (3)? La devoción extiende sus miradas á todas las virtudes y se les acerca para prestarles su apoyo y engalanarlas con el suave resplandor de su belleza, si así podemos decirlo, pues todas ellas llegan hasta el trono del Señor alegres y festivas y rebosando de inefable dicha. Si alguna vez se cubre con manto de tristeza, es su duelo tan grato á los ojos del Eterno, que le inclinan dulcemente á la misericordia y al perdón.

¿Qué serían las virtudes si no se acompañasen de la santa devoción; si en lugar de seguir con prontitud y llenas de alegría el camino, su marcha fuese lenta y perezosa; si el camino llegase á fastidiarlas? Tales virtudes serían muy imperfectas.

(1) Gonet. hic.

(2) Ps. CXLII, 10.

(3) Act. IX, 6.

Grande es en verdad nuestra miseria; grande la volubilidad del corazón, y nunca permanecemos en el mismo estado, y cuando hay que caminar constantemente por la misma senda tenemos que esforzarnos una y otra vez á fin de no dejarla; todo nos cansa y fastidia, y sentimos que se agoten, por decirlo así, las energías del alma. ¿Cuántos hay que después de haberse consagrado al servicio de Dios, dejan de seguir en su propósito por los inconvenientes de que hablamos? Viene la tibieza, y tarde ó temprano produce los más funestos resultados. He aquí ahora el remedio para una desgracia tan grande: la devoción, que cubre de flores y embalsama de aromas y perfumes celestiales el camino del Señor. La devoción inunda nuestras almas de dulce alegría y las inspira aliento y fortaleza; se nos acerca y nos habla en estos términos: Cantad con júbilo las alabanzas de Dios; servid al Señor con alegría.— Venid á su presencia llenos de alborozo... Entrad en su santuario cantando alabanzas, venid á sus atrios entonando himnos y tributadle acciones de gracias.—El Señor es mi fortaleza y mi gloria, decía David; el Señor se ha constituido mi salvación. Voces de júbilo y de salvación se oyen en las moradas de los justos (1).

Así consueta y alegre; y así también la santa devoción nos llena de esfuerzo.

Hemos nombrado á la tibieza que derrama

(1) Ps. XCIX, 2-4.—CXVII, 14, 15.

cansancio y fastidio en nuestros ejercicios de piedad; la tibieza, que es el desfallecimiento del espíritu, que oprime el corazón y le hace buscar alivios y consuelos fuera del divino servicio, y que puede llevarnos á las mayores desgracias. Oigamos lo que decía el Señor en el Apocalipsis sobre el particular al Angel de la Iglesia de la Odisea: Esto dice la misma Verdad, el testigo fiel y verdadero, el principio de las criaturas de Dios: Conozco bien tus obras, que ni eres frío ni caliente: ¡ojalá fueras frío ó caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, estoy para arrojarte de mi boca; por cuanto dices: Soy rico y hacendado, y de nada tengo falta; y no conoces que eres un desdichado, y miserable y pobre, y ciego y desnudo. Te aconsejo que compres de mí el oro afinado en el fuego, con que te hagas rico, y te vistas de ropas blancas, y no se descubra tu vergonzosa desnudez, y unje tus ojos con colirio para que veas. Yo á los que amo les reprendo y castigo. Arde, pues, en el celo de la gloria de Dios y haz penitencia (1).

¿Cómo evitaremos esa funestísima desgracia, el caer en la tibieza? Ahí está la devoción que nos da pies ligeros como de ciervos para correr con ligereza por el camino de Dios. La devoción dilata nuestras almas con la suavidad de sus consuelos, y no hay quien las detenga en la emprendida senda; nos presta sus ligeras

(1) III, 14-19.

alas y con ellas podemos remontarnos hasta el cielo: no sentimos la fatiga, ni el camino nos llega á fastidiar, y huye de nosotros la tibieza; pues la santa devoción, llenándonos de aliento, nos hace decir frecuentemente estas palabras de David; Ahora comienzo; de la diestra del Altísimo me viene esta mudanza. Traeré á la memoria las obras del Señor. ¡Oh Señor! yo recordaré las maravillas que has hecho desde el principio, meditaré todas tus obras y pensará en tus designios. ¡Oh Dios! santo es tu camino. ¿Qué Dios hay que sea grande como el Dios nuestro (1)? La devoción habla por nuestros labios y nos comunica sus nobles sentimientos. Queda fuera de sí misma al contemplar las divinas grandezas: adora, bendice y ama con ternura inmensa; su gozo es inefable y profundísimo, y se consagra enteramente á Dios, en quien están su gloria y las delicias por que anhela, y sirve á su amado con pronta voluntad, con un fervor que nunca desfallece, y en los transportes del júbilo más santo; y si al pensar en sí misma se entristece por sus propios defectos, se humilla en ese mismo instante; y Dios la consuela, porque nunca desprecia á los humildes, que antes bien les da su gloria.

Esto es lo que produce la devoción en nuestras almas. Con ella, y mediante la divina gracia, podemos adquirir las más grandes vir-

(1) Ps. LXXVI, 11-14.

tudes; mas ¡ay de nosotros si la devoción nos abandona!

Contemplemos la devoción desde otro punto de vista.—De cada uno de nosotros tiene que decirse lo que se dijo del Precursor: él no era la luz. No somos la luz, ni la verdad ni la vida; y sin embargo tenemos un deseo muy grande de felicidad, y hay que buscarla á toda costa: ¿en dónde podremos hallarla? El mundo y las pasiones nos dicen: Venid y gocemos de los bienes presentes; apresurémonos á disfrutar de las criaturas (1). Si seguimos tal invitación, caminaremos de desgracia en desgracia; porque el mundo y las pasiones no hacen sino corrompêrnos y precipitarnos en toda suerte de ignominias. No es esta la senda de la verdadera dicha.

A su vez la devoción nos convida á seguir un camino muy distinto. Su mismo nombre nos está diciendo cuán elevadas son sus miras; y que puede conducirnos á la felicidad por que anhelamos. Aquel nombre significa nuestra consagración al servicio del Señor; y ¿consagrarnos al Señor no es por ventura lo más noble y excelso á que podemos aspirar? Y es Dios la fuente inagotable de todos nuestros bienes. Altísimo y santo, amable y bondadoso es nuestro Criador, y en Él vivimos, nos movemos y existimos. Nos crió para conocerle y amarle, y fuera de Él no hay sino triste des-

(1) Sap. I, 6.

ventura. Por esto cuando la devoción nos hace poner en Dios nuestras miradas y nos habla de Su Majestad con frases de amor y de dulzura, y nos llena de alegría y consuelo, caminamos con prontitud y ligereza por las sendas de la verdadera dicha, diciendo estas palabras: El Señor es mi fortaleza, y Él me dará pies ligeros como de ciervo, y el Vencedor me conducirá á las alturas cantando himnos en su alabanza (1).

(1) Habac., III, 19.

